

# UNO Y SOLO UNO

---

*Carlos Enrique Berbeglia*

...caminar, mientras atardece haciendo reservas de las fuerzas en prevención de horas por venir inciertas, caminar, sin el entusiasmo debido al destino que aguarda a los ilusos, sin el lirismo romántico de los peregrinos expuesto en recorrer los senderos apenas insinuados en la grava, sorteando los pedruscos más voluminosos, esquivando los claros donde fulgura el sol que nunca oscurece alguna nube...

... ligero de ropas y equipaje, provisto de una ansiedad sin altibajos, coherente de expectativas monocordes que vislumbran en mi interior una llanura, un cielo, una asombrosa rada, un bosque de suaves arboledas y flores en el césped, no la agresión del viento donde mi piel se seca y entumece la vista...

... sin pausas para reponerme del cansancio o recurrir a la memoria de instantes donde la felicidad enseñoreaba los ambientes frecuentados, un permanente rosicler llenaba la atmósfera de un fino perfume a rosas y alelís y solamente aguantar esta perennidad de un horizonte socarrón y ambiguo, desmedido, incierto ...

... haber atravesado parcialmente el páramo en las distintas etapas del día, dejando el concluir abierto es lo que medito ahora, cuando, ubicado en el ábside la decisión que me atormenta no me cabe afirmar a ciencia cierta si el salto lo emprende mi propia voluntad o se debe a un empujón sin fuerza que podría resistir si así quisiera ...

... negado a la nostalgia o las premoniciones, implícita mi corporeidad en una turbamulta de distintas sacudidas que la tironean ignorando de dónde provienen las brusquedades, alternativamente gozosa debida a unas pocas gotas de elixir en la conciencia, o llena de rencor por la presencia insoslayable del olvido que me aísla, encerrándome como un caracol en sus paredes, sin embargo permeables a la tristeza o la melancolía ...

.....

A Gastón no lo sorprendió un hostal, alzado en medio de la soledad para recuperar las fuerzas y alguna alegre moza invitándolo a un refrigerio previo a su descanso agreste. No, obligaron su detención dos gritos simultáneos que resonaron, auspiciosos de dolor, en esa atmósfera tensa y despiadada.

Provenían de dos hoyos separados por una distancia aproximada de quince o veinte metros entre sí, un árbol seco de alguna especie totalmente no identificable para él, los alejaba del punto donde se detuviera, dificultando el tránsito directo de uno a otro, ello sumado a un movimiento de tierras que lo hizo trastabillar anunciando un terremoto imprevisible hasta esa misma ocasión que lo dejara pasmado, al exponerle, fuera de duda alguna, que los clausuraría en muy pocos segundos encerrando, definitivamente, a los pobres infelices que esos accidentes apresaban.

Dos pozos anodinos, carentes de algún poste o signo de identificación que se le pareciera allende su circunferencia, factibles de hacerlos resaltar en el entorno agreste donde hundían su

negrura y vacío. De esas dos oquedades provenían los quejidos y pedidos de auxilio, resaltando, de esta forma, entre los protagonistas del drama, conformado por:

-El personaje central, Gastón, un individuo cansado que recorría ese paisaje insumiso con premura y ansias de llegar al límite y abandonarlo.

-El páramo propiamente dicho de forma y extensión imprecisa para quien lo atravesaba apurado y nervioso.

-El subitáneo movimiento tectónico, determinante de una acción apresurada, inmediata y que no diera tiempo a una reflexión racional y depurada.

-El árbol seco, de una especie no identificable para el protagonista de la presente aventura, algunas de cuyas raíces, sobresalientes, interferían en la rapidez con la que debía emprender la marcha para la salvación de uno, y solamente uno, de los apresados en los siniestros pozos.

-El pozo ubicado a la izquierda del árbol.

-El pozo yacente en el costado derecho del árbol erguido en su sequedad, inidentificable, añoso, yerto.

-Del pozo, apenas insinuado a la izquierda salían los ladridos de un perro, lastimeros y exhaustos.

-Del situado a la derecha los aullidos de un hombre sufriente de la misma situación que la del perro.

-Sumados, ambos, al sordo clamor de las profundidades terrestres y al silencioso impulso de Gastón al decidir los saltos hacia una u otra de las oquedades antes que el reordenamiento de las placas subterráneas las clausurara definitivamente.

.....

Optó por el pozo ubicado a la izquierda llegando en el momento preciso en el que se cerraba y rescatando, en la acción, a un can de regular tamaño y pelo amarronado y corto, mezcla de ancestros pastoriles que supo prenderse, gracias a las patas delanteras, de sus hombros, entretanto Gastón, casi mecánicamente, le apretaba el lomo, y, de esta manera abrazados, rodar por la superficie que aún temblaba hacia la salvación, mientras un grito desesperado era callado por el fragor de los pozos que, al ocluirse, daban cuenta también de su existencia como accidentes transitorios en el desierto llano.

Repuesto de la emoción y el esfuerzo Gastón hubo de reemprender la marcha acompañado por el perro que no cesaba de retozar a su lado y lamerle la cara cuantas veces le fuera posible. El animal rozaba los paroxismos de la alegría y el agradecimiento aunque, por momentos, se detenía en sus saltos y ladridos dirigiendo la mirada hacia atrás, hacia el árbol que, paulatinamente, desaparecía tragado por la distancia a cuya vera, por causa del sismo ya en reposo, finiquitara la vida de su previsible amo y compañero de andanzas, y, una mirada, como de súplica, dirigía a Gastón, quien, comprendiéndola, no cesaba de consolarlo con sus caricias, explicándole la inutilidad del retorno y la perentoria compulsiva de proseguir andando, antes que otro imprevisto, al estilo de una tormenta insaciable de destrucción y fastidio, se lanzara sobre el terreno que buscaban evadir obligándolos a añorar la fortuna recientemente habida y en la que se congratulaban.

No obstante estas advertencias, en un momento hasta cesó en sus saltos y se prendió con las fauces a su chaqueta, obligándolo a detenerse; empero, al comprender la imposibilidad de esa misión, emitió algo similar a un gemido de despedida y, reactivamente, se adelantó a Gastón volviendo a saltar en esa polvareda que se cernía sobre sus movimientos y los atoraba con insistencia pegajosa hacia el distante hito donde finalizara el yermo.

Una breve vindicación del sufrimiento sobrevino con los restos de comida atesorados en el morral de Gastón desde su ingreso a ese siniestro campo, la felicidad del animal fue contagiosa porque, no obstante el hambre que lo aquejaba de pronto pareció negarse a continuar comiendo, como si tuviese en cuenta que debían atesorar esos panes porque aún la liberación se hallaba lejos y su salvador merecía también alimentarse.

La noche no se hizo esperar, y, con ella, la novedad de los susurros e imaginarias amenazas de las sombras, añadidas al frío, ahora como directo resultado nocturno y un implacable rocío que se colaba por las vestimentas de Gastón y lo entumecían gradual y persistentemente.

La noche no se hizo esperar, arropada con su halo de tiempo ni siquiera detenido sino en retroceso hacia una profundidad todavía mayor, anunciada por los arreboles de la tarde hundiéndose en los vuelos furtivos de aves que tornaban a su hogar y el renovado silencio de una atmósfera espesa en su parsimoniosa quietud, supo ofrecer un conjunto de rocas que apenas superaban su ser como entidades desapercibidas para que Gastón y el perro reposaran a reflexionar antes de continuar el viaje.

El silencio debido a la ausencia de la vida o la presencia humana, tan negativo como la algarabía hueca de quienes nada tienen que comunicarse, y, por lo tanto, se entregan al parloteo telefónico o al griterío deportivo o político, si, de ello rehusaba Gastón no lo era para descender en ese opuesto extremo, que, a la larga, portaba el mismo alcance para su entendimiento que la anterior conformación oscura.

Un silencio interrumpido por el propio silencio asumido en el perro, quien, meneando la cola y ajustando la claridad de sus ojos en los de Gastón le expresó su comprensión de la alternativa donde se hundían, de la que salieron tan inopinadamente como lo fuera el ingreso al silencio y su mortífera quietud, a la que solamente rompería la continuidad del silencio alterado por el resonar de los pasos conducentes a la liberación.

No se arredraron entonces y prosiguieron andando con el propósito de abandonar definitivamente esa inclemencia suma, y, para tan ambiciosa motivación el auxilio del perro fue definitivo, pues, con un olfato seguro, llegados a un abra donde emergían varias posibilidades de destino, supo elegir el preciso para evadir la opresión que embargaba a Gastón trasladándose al animal que, seguro de sí mismo y de su instinto, optó por el camino exacto y lo llevó a buen puerto.

Allí, aunque Gastón no fuera un ser demasiado sociable que digamos, pudo hacer uso de una simpatía muy bien acogida por los integrantes de una familia, si bien no de campesinos, al menos de los habitantes más alejados de la ciudad a la que él no había barruntado llegar con tanta prontitud y holgura y ellos le facilitarían los medios faltantes para lograrlo prontamente.

El perro fue el mediador inesperado, lo conocían y, a la recepción dada por sus congéneres continuaron los halagos de los dueños de casa, que lo daban por perdido y a quienes saludó uno por uno. Del camarada distante y engullido por el tembladeral que el can, en horas



anteriores pugnase rescatar, no hicieron referencia alguna, y, cuando relatara Gastón la decisión a que lo obligara la naturaleza permitiéndole su estada allí, entre quienes tan sinceramente lo acogían, con el animal en vez del hombre, no se mostraron alterados, recriminándolo o algo parecido a cualquier tipo de admonición, le comentaron entonces que, al no tener otro remedio sino la de optar por el salvamento de uno u otro, no tenía porqué sentir remordimientos y lo mejor para su salud, física y mental, consistiría en una buena cena, seguida por un baño con agua bien caliente y un posterior reposo en una cama con sábanas limpias (¡las mismas del hostel urdido hace unas pocas horas!), todos ellos acontecimientos previos antes de la ida a la ciudad donde resolvería, seguramente, sus problemas con premura.

La sucesión de los hechos no desmereció los buenos deseos de esa familia receptora para quien huyera de una sumatoria de inclemencias con pocas esperanzas de salida, la cena se sirvió entre risas y palmadas en el hombro y no faltó el buen vino, relataron sus integrantes, aventuras lejanamente similares de otras personas que, antes también, perdieran el rumbo en el desierto llegándose hasta allí, y siendo, igualmente, recibidos con beneplácito puesto que no ignoraban los sufrimientos padecidos y la necesidad de resarcirse de las heridas acumuladas; poco indagaron sobre la vida de Gastón limitándose a preguntarle algunas ligeras obviedades sobre su existencia anterior y a formularle ligeras recomendaciones sobre los pasos inmediatos a dar en la mañana siguiente en la ciudad convertida en su destino final. Y sin apuro, cercana ya la medianoche, lo condujeron hasta el dormitorio donde su cansancio fue disminuyendo con el sueño y el paso de las horas.

Optó por el pozo que se hundía a la derecha del árbol, los gritos semejaban el ulular de una gigantesca vejiga oprimida por chicos desalmados, carecían de armonía y de belleza, sin embargo acompañaban el retumbo de la tierra, que, al retorrijón de sus entrañas, audibles, tal vez, en numerosos kilómetros a la redonda, sumaba esa desentonación propia de una fatalidad impiadosa.

La opción fue instantánea, como si un resorte hubiera soltado su presión y fuerza acumuladas en el estiramiento, y, al regresar a su estado de reposo, lo hiciera acompañado del deseo insatisfecho de que nunca lo alteraran, y, por lo tanto, acumulara su furor en cada nuevo estímulo indeseado a su capacidad física consciente.

Consciente, sí, de una capacidad, o, mejor dicho, **característica** física de un elemento ferruginoso puro, pero inconsciente en él que, sin tropezar con las raíces expuesta del árbol que burlaba la seriedad del páramo, supo salvarlas con agilidad ligera y precisa, impulsado, ahora, por una segunda instancia, hecha abandono ya la del resorte con fuerza acumulada, sino la propia de alguna bala o flecha dirigida al blanco con la seguridad de dar en él y no desviarse hacia ninguna otra meta por seductora o prodigiosa que parezca, aunque proclame su auxilio con el arrullo que emiten las sirenas al requerir las víctimas de su apetito insaciable.

De esta manera, con la vista clausurada a cuanto, con su interrupción, negara la existencia del hoyo que ni siquiera daba cuenta de sí permitiendo el sobresalir de un marco que lo resaltara, como lo hacía el árbol seco y el temblor de tierra anularía **para siempre**, llegó hasta las orillas de la oquedad, colmada por los gritos humanos que resbalaban en su interior, llegando a la superficie estentóreos y macizos, como la misma presencia de la tarde agonizando.

Los gritos, proferidos por su desesperación, no se ilusionaban con un eco que los significara, por ese motivo, al aparecer en la superficie la figura de Gastón, inicialmente pensó que se trataba de una alucinación final, previa a la muerte, de esas en las que tanto insisten quienes

afirman haber rozado sus umbrales retornando después, acompañados por el sonar de pífanos y coros angelicales.

Se aferró con tal fuerza a las manos y hombros de quien aparecía en el extremo inalcanzable del hoyo, con su cuerpo ocultando la claridad que prometía acabarse al arrastrar su vida, con su sonrisa de aliento previo al salvataje, sus pocas palabras de aliento diciéndole que tuviera fe porque en inmediatos segundos lo sacaría de allí, que, por poco, lo empuja consigo hacia dentro y convierte su accidente, personal y digno de algún comentario posterior en una rueda de amigos o una reseña periodística, en una de las tantas tragedias anónimas de las que da cuenta la Tierra en su adustez imperturbable.

Así y todo Gastón, recurriendo a sus instintos, logró evitar caerse en la oquedad al enganchar su pie derecho en una raíz sobresaliente. Como una estampa adherida en el suelo reacomodó los brazos exigentes del atrapado en el pozo que cernían su cuello y su cabeza, como los manotazos de alguien ahogándose al encontrar, sorpresivamente, alguien más ducho en el agua que lo conduce al terreno seco de la costa, en su espalda mientras, a su vez, aferraba las ropas del otro tirándola hacia fuera.

Salieron y rodaron por la tierra mareados por el temblor que daba sus estertores finales y, al modificar el terreno rellenaba los pozos que, anteriores, lo ocuparan penetrando en la tierra brevemente, portantes de sus respectivas víctimas consigo. Gastón se levantó y, aunque a sabiendas de la inutilidad de la empresa llegó hasta la lisura en el paisaje que, ahora, sustituía la anterior depresión restando, incorporado, en su presunto alrededor antiguo que el terremoto eliminara para siempre, inútilmente esperando en repetir el salvataje emprendido con el ser humano, en atención del perro ahora, que también pidiera un socorro, inútil y desesperado.

Empero, la Tierra supo silenciarlo de inmediato, sin darle tiempo a una agonía desesperanzada, cubrió con su manto de indiferencia el entorno del árbol seco donde antes rebotaran los ladridos del perro, entretanto Gastón sentía correr por sus mejillas una lágrima enjugada a escondidas, al sorprenderse por el tironeo del otro impeliéndole a salir de allí con cuanta rapidez fuera posible, “para qué preocuparse por ese animal, ya está bien muerto y enterrado, obraste como correspondía rescatándome a mí, ahora debemos seguir juntos hasta alejarnos definitivamente de este lugar maldito”.

La sorpresa de Gastón no fue disimulada, criado en un ambiente de sinceridad amorosa la amabilidad y las buenas costumbres constituían los lazos primordiales que lo unían a los suyos y a su inmediato entorno, por eso le llamarán negativamente la atención no, por cierto, sólo la brusquedad del otro, sino, primero, la desaprensión hacia quien compartiera, aún tratándose de un animal, su nicho de infortunio hasta su llegada, y, en segundo lugar, que no tuviera el decoro de darle las mínimas gracias por haberlo salvado, arriesgando, incluso su propia vida en el emprendimiento.

Confundido, no atinó siquiera a preguntarle el nombre, de aquí en más simplemente lo apodará **el otro** a quien, luego de su ex abrupto sobre el perro y su actitud debida a la pena ocasionada por su absurda muerte, le demandara la poca comida todavía contenida en su mochila antes que él se dispusiera a dársela como correspondía, con atención y respeto, sin prepotencia o haciendo gala de superioridad alguna por el simple motivo de haber salvado su existencia.

**El otro** devoró las pocas viandas que guardaba su morral sin conmiseración alguna por su poseedor, hurgó en el interior de la mochila y extrajo hasta el último mendrugo de pan con

algo dulce encerradas en las bolsas de nylon y procedió a engullirlas sentado en alguna otra raíz sobresaliente del árbol seco, al que ahora Gastón le añadía también la propiedad de mudo, acaso la misma que utilizara su pie para afirmarse y así rescatar al comensal hambriento.

Este prototipo de personas únicamente auto-referenciadas y creídas que el mundo les está obligado encaraba a la perfección **el otro**, quien, ahora, lo insta a desplazarse para recuperar el tiempo perdido, aprovechando cuanto aún resta de luminosidad en esa tarde, que, para colmo, promete una tormenta donde los sitios para guarecerse brillan por su puerca ausencia y encontrarle una salida a ese laberinto plano que los encarcela.

-¿Cómo vine a dar a ese maldito pozo es fácil de explicar? Yo venía también atravesando este desierto inmundo, pero no solo, sino acompañado de ese perro que vino hasta mí sin que le dijera ni siquiera “Pichi” y, de pronto, el piso nos tragó. Supongo que era una zona de arenas movedizas o algo así, pero me importa un bledo, lo único que pretendo es salir de aquí y olvidar este episodio sin ton ni son que casi acaba conmigo.

-No es la primera vez que cruzo esta repugnante ciénaga de arena y pedregullo, no carezco de orientación, aquí, aunque parezca todo igual, si le ganamos a la noche, hay atajos, invisibles para cualquiera que no se encuentre acostumbrado a frecuentar esta miseria, que conozco y habrán de conducirnos muy pronto a los límites habitados de la ciudad que nunca nos espera, pero resigna recibimos.

-Todos los hombres llevamos sobre nuestras espaldas un pasado que exponemos, fragmentariamente, a quienes conocimos en alguna vuelta del destino, no sé si reviste importancia decirlo como fue en su exactitud, tal vez contarlo adecuándolo a las circunstancias del encuentro posea un efecto apaciguador para quien lo relata. De todas maneras ni obligo a escucharme y tampoco pido que me devuelvan esta confesión con otra; nos permitió llegar, hablando, a los bordes del desierto, aunque anochezca las luces de la ciudad nos servirán de guía, y, allí, nos separamos.

-Culpa y redención, nadie está exento de llevar consigo esta pareja de rostros sin antifaz que valga, siempre, por algo toqueteamos el infierno, y, acaso por lo mismo aunque lejanamente distinto, creemos merecer el paraíso. Nos saludamos “hasta siempre” como dos desconocidos, no creo que volvamos a encontrarnos, y, si así fuera, deseo fervientemente que la situación sea distinta, no me atrae hallarme endeudado o que alguien me deba algo a mí, le deseo la misma suerte que tuve yo cuando me ayudó a escapar del pozo.

.....  
<http://www.fundarte2000.fepai.org.ar>  
... uno en la elección no es libre, se encuentra conminado a elegir entre opciones que le han sido puestas de antemano y no puede sino ejecutar una y **sólo una** de ellas, libre hubiera sido mi accionar de haberseme ofrecido la oportunidad de liberar a los dos apresados en los sendos hoyos que el terremoto ocluyera en un santiamén, o, caso contrario, de ignorar ambas lamentaciones y reiniciar la marcha como si ningún quejido hiriera mis oídos, haciendo gala de una indiferencia rayana en la patología.

La elección remite a una libertad restringida y aparente, nos ubica frente a la alternativa si llegamos a cualquier encrucijada, un cartel invita a la derecha, otro a la izquierda, pero resulta que yo quisiera regresar o saltar por arriba de donde me detengo, ambos recursos impedidos, bien por el mecanismo que me llevó hasta allí o debido a mi propia estructura psicológica, que



obra, en ese caso, con la misma saña que las llaves que cierran la retracción del mecanismo a punto cero, no permitiéndome una resolución **íntegramente mía**.

Únicamente doy riendas a mi libertad si determino y creo, abro la ventana y dibujo el paisaje deseado, surge del pentagrama la melodía pergeñada insomne, de mi boca sale la palabra justa y valedera y **nadie se encuentra tras de mí para guiarme o impulsarme**.

Suena a burla el concepto “independencia” si lo utilizo en el acto de elegir, claramente expresa el acto de “no depender”, en este caso de los fenómenos que enfrento, ellos me atraen, y, al decidir por cualquiera doy cuenta de la voluntad tendida tras su presencia, nunca de la mía, que, a lo sumo, será meramente parcial y autoengañoso.

Por encima de revelar una injusticia para los encerrados en la trampa, porque los dos, y no uno solo, merecían vivir, me perjudica moralmente a mí porque *yo soy* el responsable del que salió con vida (salvó su vida por mí), tanto cuanto del que murió en el mismo instante (perdió su vida por mí).

A uno la vida, a otro la muerte y, a mí, el cargo de conciencia que portaré, prendido como una garrapata, hasta el resto de mis días, responsable de una decisión sorpresiva y no querida, donde **mi propia y querida libertad quedó anulada desde el vamos ...**

\*

**ENIGMA: ¿Qué sucedió realmente?**

Coordinación:  
Cetina Hurtado - Ivo Kravic

**ABIERTA INSCRIPCIÓN**  
Desde el 15 al 30  
de JULIO 2019

Concurso  
**RESOLVIENDO  
ENIGMAS**

fundarte2000@yahoo.com.ar

<http://www.fundarte2000.fepai.org.ar>